

NADA.
DE CARMEN LAFORET.
Prólogo. Nuria Amat.

Escribo este prólogo desde Las Palmas de Gran Canaria donde un azar, tal vez llamado Carmen Laforet, me ha llevado casualmente, cerrando así otro de los círculos misteriosos de mi acercamiento a la biografía de mis autores preferidos.

Escribo como lectora fiel a esta autora universal, nacida en Barcelona y que, siendo niña, su familia llevó a vivir a las islas Canarias para regresar de nuevo a su ciudad natal, recién terminada la guerra civil, y escribir a partir de esta experiencia *Nada*, la mejor novela española del siglo XX.

Escribo estas páginas como voz que se rebela al encasillamiento con el que el mundo literario suele situar a las grandes escritoras, siempre segundas, del trono de las Letras.

Escribo como hija adoptiva de una escritora que, como llegó a sucederme a mí, vivió siempre con la sombra de una orfandad intelectual y biográfica.

Escribo como amiga de los hijos de Carmen que me ofrecieron el regalo de considerarme y tratarme como una hermana literaria.

No escribo para facilitarles un resumen ni un estudio crítico sobre *Nada*, la novela que ahora tiene entre sus manos. Con este libro sucede algo similar a la sensación de asombro y desvarío que regalan las grandes obras clásicas de la historia de la literatura. Rehuyen toda clase proximidad argumental porque sus páginas, en lugar de abrir luces, vienen, milagrosas, a ensombrececer las fuentes de palabras.

Nada es mucho más que la novela de una mujer que descubre una ciudad, y un mundo familiar poblado de demonios, durante el

inicio de la posguerra española. *Nada* es Barcelona. Su autora habla de su ciudad como Juan Rulfo, el gran escritor mexicano, se refería a Comala. “Barcelona, en mi obra, escribía Carmen Laforet, es un fantasma”. Una ciudad mágica y literaria que la escritora va tratando de apresar mientras se esfuma entre miedos y silencios.

Nada es todo. La novela habla del vacío existencial, de los afectos difusos, de la soledad del amor, del miedo, de la angustia, de la frustración sexual, de los temas esenciales del alma, como también exigía Flaubert que caminaran sus novelas. Sin un argumento televisivo que venga a entorpecer el fluir de las emociones de los personajes que pueblan esta casa duende donde se desarrolla la novela.

¿Qué es la trama?, se preguntaba Virginia Woolf, otra de las escritoras inmortales. “La trama no es nada”, sentenció uno de sus personajes. Anunciando con ello que la literatura moderna, de Proust a Kafka, de Beckett a Jean Rhys, de García Márquez a Carmen Laforet, se funde en transcribir una nueva manera de existencia. Se ocupa de transmitir la verdad de la emoción humana conmoviendo al lector con vidas extrañas e inquietantes. La gran novela (y esta lo es) dice todo aquello que no se puede decir solamente con palabras. Aquí radica el encantamiento de *Nada*: un mundo interior capaz de traspasar cualquier realidad para conectar con lo universal e imperecedero.

Así lo pensó y escribió el poeta Juan Ramón Jiménez en su carta dirigida a la joven autora que acababa de recibir el Premio Nadal de novela 1944:

“Nada, como todo lo auténtico, es de aquí también, y de hoy, y será de mañana y de otra parte cualquiera, como es de ayer y de todos. Esto es la clase de escritura que usted escribe”.

Estas palabras que el poeta dirigió a la escritora en 1946, y fueron publicadas en la revista *Insula* en 1948, resultan del todo proféticas. *Nada*, es junto con *El Quijote* de Miguel de Cervantes y

Cien años de soledad de Gabriel García Márquez una de las tres novelas hispanas más traducidas de todos los tiempos.

¿Lo sabían?

Pero, veamos qué tiene esta clase de novela rara, excelente, señera, que “usted escribe”, como anunciaba el poeta de Moguer:

¿Talento literario?, según apuntó, usando la expresión exacta, Ramón Sender, espléndido lector, escritor y amigo de Laforet. Bien cierto que sí. Pese a que este adjetivo, algo manoseado, puede tener también una connotación displicente y vaga. Son palabras que emplean algunos escritores cuando se enfrentan a una obra literaria original, nueva, que sale de lo ordinario y que, por temor o diferencia de género, no se atreven a calificar con mayúsculas.

¿Autobiografía? Este es otro de los adjetivos despectivos y pésimamente colocados cuando se trata de opinar sobre algunas novelas escritas por mujeres. Se recurre a “lo autobiográfico” para calificar novelas en las que la voz lúcida y sorprendente de la heroína les hace pensar que esta obra responde a una historia más o menos disfrazada de la autora del libro. ¿Se atreverán críticos y lectores a considerar autores de la talla de Thomas Bernhard o Franz Kafka como escritores de novelas autobiográficas? Como si una mujer no pudiera jugar con todos los elementos narrativos que nos descubre el texto literario y utilizarlos con los recursos expresivos que le parezcan más apropiados o necesarios. No importó que la misma Laforet, junto con su marido, el crítico, Manuel Cerezales perdieran mucho tiempo de sus vidas en desmentir tal propuesta. Ahí queda el reproche que suele colgar de la novelística de muchas de las grandes autoras contemporáneas.

¿Falta de realismo? Ha sido otro de los reproches con los que algunos autores y críticos en su español cerril recibieron la aparición de una novela totalmente innovadora y merecedora, para sorpresa de muchos envidiosos, del codiciado Premio Nadal. Una novela que fue precursora de lo que más tarde sería llamada la novela española de la

posguerra, con autores de la talla de Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Ana María Matute... Una novela europea, que huía del realismo social y la publicación ideológicamente partidista que tanto perjuicio hizo a la literatura española de aquellos años. Jorge Semprún, del que me consta su arrepentimiento por aquella antigua crítica pseudomarxista sobre la novela de Laforet, llegó a decir que: “*Nada* no es un trabajo de creación propio de un novelista. Los personajes no viven, los aspectos específicamente novelescos de la obra fracasan rotundamente”. Y sigue con su visión injustamente interesada: “Esa familia de la calle Aribau, de Barcelona, no puede ser para una novelista tema de creación y de vida, porque es precisamente la expresión de una sociedad moribunda y sanguinaria”.

Pero la propia obra de Semprún, sus últimos y grandes libros, han venido para contradecir por sí mismos aquella antigua crítica sobre la novela de la autora, al punto de que nadie diría que han salido de la misma pluma que, por razones extra literarias, la censuraba.

¿Prosa poética? Esta es la expresión por desgracia más usada por aquellos lectores de a pie que se sienten obligados a enfrentarse ante un nuevo lenguaje literario y a un desafío que desconcierta sin duda a sus conocimientos personales y ambiciones lectoras.

Sin duda, es también la fórmula o latiguillo que los críticos benevolentes utilizan cuando tienten que valorar un texto diferente a lo que se da como establecido, rompedor de estilo o de temática, y que nace, como anunciaba Milan Kundera, sobre las ruinas de su mundo lírico. Una obra que algunos lectores juzgan o silencian con la misma superficialidad con la que la infravaloran.

Tampoco recuerdo que a la narrativa de Beckett, Joyce, Rulfo o Proust, que disfruta de estos mismos elementos de “prosa poética” nadie se haya atrevido nunca a calificarla de un modo tan banal o rudimentario. ¿Será que ésta apreciación mas bien cursilona va destinada a escritoras como Yourcenar, Duras o la misma Jelinek?

Las novelistas, las buenas, siguen siendo para la crítica establecida una especie de raras avis porque de alguna manera, como

Laforet en sus libros, ponen en cuestionamiento “la normalidad” de la conducta vital, amorosa y doméstica. Y, lo peor de todo, escriben con la misma valentía e inteligencia que se espera y supone a los escritores varones. No escriben novelas femeninas. No escriben novelas con etiquetas reduccionistas. Escriben literatura verdadera.

Aparte de Juan Ramón, resulta también curioso que sólo dos grandes escritores supieran ver en su día la importancia de *Nada* en la narrativa universal. Uno fue Azorin, cuando escribió: “No se puede publicar un libro bello; no es posible dar a la prensa una novela que viene a renovar la novelística. Nos asombra que una muchacha tan muchacha sea capaz de realizar en todos los sentidos una novela desbordante de experiencia humana, de conocimiento de los hombres, de las mujeres y quizá de ella misma”

El otro fue Miguel Delibes, en su crítica comparada de la novela: “*Nada* es el primer punto donde se evidencia un anhelo de renovación de las técnicas narrativas que pocos años más tarde se llevará por algunos –Robbe Grillet, Duras, Butor y todos los cultivadores del “nouveau roman”

Por todas estas razones cada vez estoy más convencida de que a las grandes autoras de la literatura, antes que el aparato crítico, son los lectores y escritores relevantes los primeros en descubrirlas. Se quedan atónitos ante una obra que viene a romperles los esquemas.

Como usted, lector o lectora, cuando lea o relea la novela que le ayudará a pensar y a sentir que la gran literatura nunca muere. Todo lo contrario. Renace siempre de las cenizas de su eterna providencia.

Nuria Amat
Enero 2009